partes la idea de la huelga general expropiadora.

Los grupos federados conservarán su entera y completa autonomía de acción.

No existirá comité ni caja alguna central.

La administración quedará reducida á algunas oficinas de correspondencia.

Inglaterra

El movimiento anarquista en Liverpool.—El movimiento anarquista toma importancia en la gran ciudad industrial. En estos últimos meses ha habido gran número de reuniones. El 11 de noviembre se celebraron dos mitins al aire libre, para conmemorar el asesinato legal de los anarquistas de Chicago, que tuvieron un gran éxito. Los dos grandes propagandistas Kitz, de Londres, y Kavanagh, de Liverpool, han hablado de anarquismo y de expropiación y retratado con gran elocuencia el crimen de Chicago, siendo muy aplaudidos.

Rusia

Del tolstoismo al terrorismo.—Freedom cita un caso notable de conversión de la parte de un ruso tolstoista que el espectáculo del degüello de un viejo judío ante los ojos de su joven hijo, le hizo convertirse en un decidido terrorista.

«...Yo me precipité ante las tropas, dice el ruso, y quise hablar á un oficial. Desde este momento ya no sé lo que hice, pues me hallaba medio loco de dolor y de cólera. Un policía me hirió en la mandíbula y después fuí atropellado recibiendo golpes hasta dejarme casi muerto, por toda una compañía de soldados. Después fuí encerrado en una celda con otros treinta prisioneros; estábamos tan apretados que apenas podíamos mover los brazos. Como el calor era asfixiante y la atmósfera estaba cada vez más viciada, pronto llegamos á un estado en que teníamos poco parecido con los seres humanos; hubiera sido necesaria la pluma de un Dante para describir nuestro estado, y cuando, herido y marcado como criminal político, salí de este infierno después de largos meses de tortura, comencé á arrepentirme amargamente de mi error. Ya no era un tolstoista: me había convertido al terrorismo.»

Así, al contacto brutal de la realidad, los discípulos de Tolstoy hanse pronto convencido de que la resignación es un grosero error. Aquellos que no son verdaderos fanáticos, no tardarán en venir á nuestro campo.

Maremágnum

Antonio Tomás se ofrece para pasante ó ayudante de alguna escuela racionalista, en la que rijan de texto los libros de la Escuela Moderna de Barcelona. Dirigirse Paseo de San Isidro (frente al fielato), Valladolid.

(Se ruega la inserción en la prensa obrera).

***

Los compañeros Elisa Iglesias y Sotero Acón, se han unido libremente en Valdeobispo.

Tan simpático acto en este pueblo tiene una significación grande y se presta á una ironía consoladora. Tan enemigos son de todas las religiones nuestros compañeros, que no han querido que los case ni aun de *balde el obispo* que masculla latín macarrónico en Valdeobispo.

¡Mucha felicidad para seguir estropeando la *nomenclatura* carca del pueblo.

***

Los compañeros María Pérez y Joaquín Tomás, de Pueblo Nuevo, han prescindido también de la Iglesia, inscribiendo civilmente á una hija suya con los bonitos nombres de Aurora Armonía y Felicidad.

Estos ejemplos prácticos son la mejor demostración de que el edificio religioso está cuarteado y próximo á derrumbarse con estrépito.

Aparte de que es una medida de sentido común el no exponer á los chicos á un chorro de agua fría en estos días de escarchas y nieves.

***

Por extravío de una cuartilla no dimos cuenta en el número pasado del importante mitin celebrado en pro de la enseñanza racionalista en la vecina ciudad de Badalona.

A pesar de lo desapacible del día, pues estuvo lloviendo toda la mañana, concurrió al acto gran concurrencia, que mostró sus simpatías por los ideales de progreso y libertad, al acoger con ostensibles muestras de satisfacción los conceptos que se emitieron por la educación racional, exenta de todo absurdo político ó religioso.

Felicitamos sinceramente á los iniciadores del mitin referido y deseamos que la Escuela Moderna que piensan establecer brevemente obtenga el mayor éxito para que sea el plantel de donde salgan hombres libres, conscientes y progresivos.

***

Hemos recibido el almanaque de *La Tralla*, para 1907, que publica notables y muy curiosos trabajos.

Agradecemos sinceramente al colega el ejemplar que nos ha enviado.

***

Nuestro compañero José Nin, detenido en Francia sin razón alguna que lo justifique, puesto que si algún delito hubiese cometido en Francia allá lo habrían encarcelado y procesado, fué entregado á las autoridades de España, y éstas, obrando arbitraria é injustamente, lo han conducido á la cárcel modelo de esta ciudad, donde se halla sufriendo lo que se llama una quincena.

¿Puede haber tranquilidad moral en un país en que el capricho de un polizonte tiene más valor y más fuerza que el derecho de los individuos?

Apuntaremos en nuestro libro de cuentas especiales este nuevo atropello cometido en la persona de uno de nuestros compañeros.

***

A pesar de que vivimos en una de las calles más céntricas y transitadas de la población y de que cumpliendo lo que nuestra obligación nos impone respetamos á todo el mundo, hoy lunes, de nueve á diez de la mañana, un cuadrúpedo, católico ó lo que sea, ha destrozado nuestro buzón de correspondencia colocado en el portal de la casa.

Inútil decir que si vemos á alguno de esos cafres destrozando lo que tan digno debe ser de respeto, le meteremos la cabeza donde él haya metido la mano.

Ecos proletarios

Avilés

Ante la inercia y fatal impasibilidad que muestran los panaderos de esta localidad, me es imposible dejar de demostrar los perjuicios que acarrea tal estado á la emancipación obrera, y por lo tanto cojo la pluma para aclarar, aunque mal, este sumidero oscuro. Hora es ya de que no seamos un estorbo á la total emancipación proletaria, pasando por las despóticas intransigencias y sometiéndonos al fuero capitalista. Con los panaderos de Avilés se están cometiendo infinidad de coacciones lentas (y no obstante son legales) haciéndoles trabajar en el verano las horas extraordinarias que mejor les place, no percibiendo más que la tarifa ordinaria en nuestros jornales. Esto es insufrible, compañeros; máxime sabiendo que por toda recompensa se nos deja sin trabajo en ciertas épocas del año. ¿Hemos de seguir aguantando todos estos atropellos que nos denigran haciéndonos descender al más vergonzoso estado que el hombre llega? No, compañeros; el único medio para poner coto á tales desmanes, es la asociación, dignificando por la solidaridad á todos los seres que, como nosotros, ven cruzados sus rostros por el brutal látigo capitalista.

Si tal no hacemos, si no cooperamos con nuestro esfuerzo á las demás asociaciones proletarias, se repetirá en nosotros el caso de atropellarnos aun más y á mansalva, como se ha dado el hecho de coaccionar brutalmente á individuos inocentes; si seguimos en este estado deplorable, seríamos indignos de llamarnos hombres.

El único medio para poner trabas á tales abusos es la asociación: recurramos á ella, que tal es nuestro deber: boycotearemos por todos los medios á los caciques y alcahuetes del patrón que, enaltecidos por ciertas irregularidades de mando, quieren imponerse cual autoritarios, no siendo más que sencillos obreros como nosotros, y que tildándose de progresistas, hacen el papel de pobres diablos.

No más transigir vergonzosamente: demos al traste con todas las maquinaciones de estos inútiles parásitos, y proclamemos el remedio ideal, la asociación, aplastando el asqueroso bacilo que nos chupa la sangre.—*Manuel Costales.*

El individuo humano no es un ser independiente de la sociedad sino su producto. Sin sociedad no habría podido salir de la esfera de la animalidad brutal y transformarse en un verdadero hombre, y fuera de la sociedad retornaría más ó menos rápidamente á la primitiva animalidad.

MALATESTA

Continuando el Centro O. de Estudios Sociales su hermosa campaña contra el régimen celular, ha organizado un grandioso mitin, que tendrá lugar el próximo domingo, 6 del actual, á las diez de la mañana, en el teatro Condal, en el que estarán representadas cuantas ciudades sufren el odioso régimen.

Dada la importancia de este acto y los elevados fines que se persiguen, no dudamos que el pueblo liberal de Barcelona acudirá en masa al teatro á probar su odio á la tiranía y á los tiranos.

Correspondencia administrativa

Lora del Río.—J. F. Recibimos 5,00 pesetas

Santander.—J. C. Recibidas 10,00; por paquetes 5,00; como donativo 3,00 y 2,00 por la suscripción de A. T. Buscaremos las revistas.

San Andrés de Palomar.—M. C. Idem 3,00.

San Feliu Llobregat.—J. F. Idem 1,00.

Port-Bou.—J. D. Idem 20,00; por paquetes, 17,50, y 2,50 para presos.

Vilasar del Mar.—B. P. Idem 1,00.

Argel.—Bolsa del Trabajo. Idem 10,00; por paquetes 8,00; para Artal 1,00, y 1,00 para presos.

Sama.—J. R. Mejor en libranza.

Burdeos.—V. G. «El Iconoclasta», calle Sánchez Ramírez, 9.

Arcos de Medinaceli.—R. L. Recibimos 3,00.

Mongat.—A. J. Idem 3,00; por suscripción, 1,00; como donativo, 1,00 y 1,00 para presos.

Santiago.—M. V. Idem 10,00.

Bilbao.—S. F. Idem, con las 5,00 entregadas á C. U., 16,25; por paquetes, 6,25; como donativo, 6,00, y 4,00 para *Anarquía*.

Trubia.—M. G. Idem 3,00; por paquetes, 2,50 y 0,50 como donativo.

Sabadell.—Corresponsal. Idem 10,50; por paquetes, 10,00 y 0,50 para presos.

Ecija.—J. B. V. Idem 5,00, pagados los números 65 y 66 secuestrados. Enviaremos libro.

Sevilla.—M. S. Idem 22,00; por paquetes, 17,25 y 4,75 como donativo.

Madrid.—Grupo «4 de Mayo». Idem 12,00.

Sabadell.—S. Idem 2,00.

Bilbao.—A. L. Idem 1,00.

Olivenza.—L. V. Idem 2,00.

San Andrés de Palomar.—Grupo «Sin nombre». Idem 3,00.

EN UN MUNDO ESCLAVO

Fantasía de un escritor

Es cosa mala, malísima, que tenga un escritor muchos admiradores. La vegetación de los pantanos prospera en la humedad que pudre las raíces de las encinas.

Hoy quiero referir la historia de un escritor que siguiendo su camino fué á dar en los pantanos de las admiraciones populares.

Quisiera relatar su vida desde que gozó de las alabanzas, y, sobre todo, lo que le sucedió un día que los vapores de la gloria le desvanecieron.

Era un mozo sencillo, muy sencillo y que se diferenciaba de sus camaradas por su sinceridad: la cual le obligaba á contradecirse con mucha frecuencia, casi todos los días.

Vivía en un país donde la literatura goza de algún prestigio.

Cuando puso los pies en los primeros charcos de la popularidad, se indignó grandemente.

—¡Bien!—dijo.—¡Esto es extraño! Antes yo tocaba la trompeta y no me oían; ahora toco una sencilla zampoña y me atienden.

Nuestro escritor no era modesto; estaba seguro de su valer.

Sabía también que en su país el *pueblo* no existe para el escritor; que sólo existe el *público*, y que era el público quien creaba las reputaciones literarias y todas las demás. El pueblo vive de su vida íntima, despreciando á los escritores, creyendo en las brujas, con penosa existencia, con hambre y siempre dispuesto á cambiar la literatura y las artes por un saco de harina.

Enterado de todo esto nuestro escritor, no dejaba de picarse con las miserias humanas. Los escritores, hasta los más inteligentes, tienen sus debilidades.

El nuestro notó que el favor del público le distinguía.

Uno de sus lectores le llamó «talento profundo»; escribióle otro «muy respetuosamente»; una lectora le dirigió esta sencilla frase: «¡Gracias, alma mía!», como si él la hubiese regalado un vestido de seda.

Recibía otras muchas muestras de atención. Sin embargo, en su interior el diablo, su fiel compañero, murmuraba:

—No te turbes por eso, amigo mío. Esas muestras de atención las tienes bien merecidas. Eres para el público lo que una joven cortesana para un viejo debilitado. No te las eches, pues, de modesto; el pez nació para que le frían, y el escritor para que le arrastre su gloria. ¡Já, já, já!

Entonces nuestro héroe comenzó á mostrarse al público.

Recogió muchos aplausos, acostumbrándose á ellos como el borracho al aguardiente.

Sin aplausos la vida le parecía muy sosa.

Perdió ya la noción de sí mismo. Pero un día la recobró, y veréis cómo.

El escritor se hallaba en un lugar muy frecuentado. Una muchedumbre que le había reconocido le rodeó acorralándole, aplaudiendo y gritando:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El escritor sonrió. Era la primera vez que veía en torno una muchedumbre tan apretada.

De pronto, y sin motivo justificado, el escritor sintió cierto malestar. Le pareció que unas manos se deslizaban bajo sus sobacos, y extrañas ideas invadieron su cerebro.

Le pareció que cada uno de los presentes comparaba sus propias orejas con las orejas del escritor para ver cuál de los dos las tenía más largas; y sintió la impresión de que sus orejas se alargaban mucho, llegando á ser gigantescas.

Pero los demás continuaban gritando:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El escritor comprendió en aquel momento que no se pertenecía. Dudando de sus derechos sobre su propia personalidad, pensó:

—Ya falta poco para que jueguen conmigo como con una pelota.

El diablo murmuraba junto á él:

—¡Mira! ¡Mira!

El pobre escritor miró. La muchedumbre aumentaba por momentos. Le aplaudían centenares y centenares de gentes, entre las cuales había los nietos de Judas Iscariote, los de Ignacio Kramola y todos los que traicionaron á Cristo. De pie, muy dignos, aplaudían.

Las miradas de aquella muchedumbre se clavaban como alfileres en el corazón de nuestro escritor.

Miró á todos, turbado, y todos los rostros fundiéronse á su vista en un rostro único, que tenía, en vez de ojos, dos manchones confusos, y la nariz tan larga como una trompa de elefante.

El diablo dijo burlonamente:

—¿Ves tú esa muchedumbre? Los que la guían consiguieron alargar su nariz, pero no llevarán la luz á sus ojos. Y mira su lengua.

El desdichado escritor descubrió entonces, entre inmensos hocicos sensuales que se abrían como un hoyo inmundo, algo blando y pútrido que se removía y articulaba:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El escritor, aterrado, cerró los ojos y sintió que le arrastraban...

Luego volvió en sí.

Agitábase en su presencia la ordinaria muchedumbre. Caras sonrientes, ojos brillantes de alegría le contemplaban, como los niños contemplan un juguete nuevo.

Las sonrisas, las miradas amables disiparon su terror. Quiso hablar, decir á su público algo íntimo y bien sentido.

Suspirando y poniéndose la mano izquierda sobre el corazón, principió:

—Señores.

—¡Bravo!

—¡Silencio! ¡Dejadle hablar!

—Señores: las atenciones que mostráis conmigo me halagan mucho y las comprendo bien. Cuando yo era niño, oyendo la música militar corría entusiasmado; pero me interesaba más que la música el soldado que hinchaba sus carrillos apretando sobre sus labios la embocadura del trompón... Os lo agradezco.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Gracias, señores.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Voy á hablaros con toda el alma, sinceramente.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Entonces el diablo rió con ironía.

—Creo, señores,—dijo el escritor—en la lealtad de vuestro entusiasmo. Sin embargo, no me explico cómo pude despertar en vosotros semejante sentimiento. Me parece que si me distinguís no es por mis buenas cualidades, sino porque, visto con descuido y empleo en mis obras palabras descarnadas. Algunas veces pienso que si yo hubiese aprendido á escribir versos con el pie izquierdo, mostraríais aún más curiosidad por mí.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Me parece también, amigos míos, que no sois verdaderos lectores, sino admiradores solamente, lo cual es cosa muy distinta. El lector sabe que no es la persona misma del autor lo que importa, sino la manera de reflejar en sus escritos el espíritu humano. El lector no mira al escritor como á un buey de dos cabezas. Lee sus obras y acepta ó no sus conclusiones. Reflexiona acerca de cada una, y dice: esto es verdad, esto no es verdad. Luego utiliza los conocimientos adquiridos para reconstituir una historia que satisfaga su mentalidad. Pero vosotros no vivís más que del escándalo. Hay pocos lectores verdaderos, y las gentes de vuestra clase forman la muchedumbre; por eso debo deciros aquí, sinceramente, que no siento por vosotros ninguna clase de simpatía, ni mucho menos de consideración. Algunos de mis compañeros me aconsejan que respete al público, pero ninguno sabe explicarme por qué. ¿Lo sabéis acaso vosotros? ¿Qué motivo hay para que os respetemos?

El escritor calló aguardando una respuesta.

Nadie hablaba. Después de un largo silencio, el escritor prosiguió:

—Ya veis que hasta vosotros mismos ignoráis por qué os juzgan responsables.

Una voz gritó:

—Porque somos hombres.

—¡Vaya! ¿Cuántos hombres verdaderos habrá entre vosotros? Acaso entre mil no se hallarán cinco que crean ardientemente al hombre señor de la vida, con derecho á pensar, á hablar y moverse á su antojo. Apenas cinco entre mil sabrían luchar y morir por defender ese derecho. Entre vosotros la casi totalidad es esclava de la vida y de sus dispensadores desvergonzados. Sois comerciantes y rentistas que os disfrazáis de seres humanos. Lo que hay de humano en vosotros es puramente anatómico. Miro vuestros ojos apagados, cobardes, y veo con espanto cuán reducido es el número de los valerosos y hasta el número de los honrados. ¡Ah! En mi país no abundan los verdaderos hombres; y, sin embargo, ahora más que nunca necesitamos héroes.

Muchos de los oyentes volvieron la espalda al escritor retirándose.

El continuó:

—Un hombre, un hombre verdadero y fuerte aspira, tiende siempre á realizar algo. Pero vosotros vivís modestos, resignados, obedientes á los mandatos. ¿A eso llamáis vivir? La pereza no os permite pensar, el temor os impide moveros. En torno vuestro, como adornos pueriles en el cuarto de una prostituta, se arrastran las tradiciones y las inútiles reglas para la vida. Todo lo cual os impide accionar, son vuestros ídolos y no los queréis destruir. Cuando el aire trae á vosotros el fresco perfume de los campos, cerráis las ventanas. La inquietud os aterra. Sólo deseáis un motivo de conversación ó cualquier simpleza que os distraiga. Como los mendigos en los portales de las iglesias, tendéis la mano á la literatura pidiéndole distracciones. La literatura es un condimento picante para vuestra vida sosa. Os agrada lo que se ha escrito con hiel y con sangre. Pero todo acaba en esta satisfacción vuestra, y la literatura no despierta en vosotros ni odios ni amores, sino solamente admiraciones ó críticas. Cada uno es un espectador en vez de ser un hombre, y todos formáis un público en vez de representar la humanidad. La vida no se resentiría poco ni mucho aunque desaparecierais todos á la vez. Sois estoicos, porque sois esclavos. Calláis cuando os golpean. Sonreís cuando os injurian. Solamente os indignáis cuando no os sirven á punto la comida, y sólo padecéis viendo prosperar á vuestros iguales, sintiendo hambre de bienes materiales ó dolores de indigestión. Cuando las botas os oprimen los pies, exclamáis: «¡Ah!, qué razón tenía Schopenhauer»; pero si oís un llamamiento hacia la libertad, murmuráis: «¿Qué quieren á Hecuba?» Que el diablo os lleve. ¡Si supieseis hasta qué punto sois miserables, hasta qué punto sois desapacibles y qué duro es vivir entre vosotros! Por más que os digan: «la vida es terrible, la vida es lúgubre, la vida es sangrienta», no lo creéis. Vuestra vida es sencillamente cobarde y triste, y cuando os hablan de vuestra villana cobardía y de vuestro aburrimiento, permanecéis inmóviles. La sola cosa que os atrae son las buenas formas; ¡oh estetas!, que vuestro propio fango os cubra.

El público disminuía por momentos (sin duda no le gustan los discursos largos). El diablo sonreía, y el escritor, arrastrado por el deseo de cumplir con su deber, no reparaba en nada, prosiguiendo:

—La vida es el poema heroico del hombre que busca su corazón y no lo encuentra; que quiere conocerlo todo y no conoce nada; que desea ser poderoso y no es capaz de vencer ni sus íntimas debilidades. ¿Oísteis hablar alguna vez de la verdad, de la justicia y del deseo de los hombres de ser altivos, libres y gallardos en la tierra? ¡No! Vosotros deseáis solamente atracaros bien, tener abrigos, violar y pervertir á las mujeres con el pretexto de amarlas. Queréis pasar vuestro tiempo tranquilamente. Tal es vuestro concepto de la dicha. Todo vuestro deseo se reduce á conseguir diez céntimos por uno. Pero es necesario agarrarse á la dicha con brazos robustos, y sois débiles, miedosos y seniles. Cada uno de por sí no es capaz ni de coger una mosca; para matarlas necesitáis valeros de papeles envenenados cuando con sus murmullos turban vuestro sueño. Yo también quisiera encontrar algún papel que os envenenara con terribles angustias. ¡Algunas veces os emocionáis!, cuando peligran vuestros negocios, cuando no conseguís vuestros bajos deseos, cuando son pequeñas vuestras ganancias, cuando cubrís con dificultad las necesidades de vuestra familia, cuando (por aburrimiento) vuestra mujer os engaña; entonces gemís, entonces filosofáis y la vida os parece miserable y ruin, hasta que la suerte os ayuda ó encontráis una querida. Pero con vuestros murmullos, con vuestras desilusiones y vuestras quejas corrompéis los oídos de vuestros hijos. Fijáis su atención en las ruindades de la existencia, en sus cobardías, y su pensamiento se mella como la hoja con la cual se cortan ramas ó cabezas. Fatigados por vuestras reflexiones acerca de la vida, que desconocéis, vuestros hijos mecánicamente siguen los caminos trillados y son como vosotros cobardes, inertes y mezquinos. Buscan á su vez la vida tranquila, templada, insulsa, y cuando la encuentran vegetan como sus padres. Podríamos compararlos con el yeso húmedo que cubre las grietas de una casa vieja. Pero esa casa pesada y sucia está impregnada con la sangre de los hombres que perecieron. Amenaza ruina. El presentimiento de su próxima destrucción la penetra. Vacilante aguarda su total derrumbamiento. Las fuerzas que deben convertirla en un montón de escombros, la intimidan. Se contienen apenas y por momentos se las ve mostrarse impacientes. Al fin actuarán, y el viejo edificio, al hundirse, aplastará vuestras cabezas. Vuestro abandono, vuestra indiferencia os hacen culpables. No hay entre vosotros inocentes.

Quedaba ya muy escaso público. Algunos miraban al escritor compasivamente, porque habían leído con gusto sus cuentos y en su discurso no hallaban la nota artística. Otros le miraban con tristeza. Todos se aburrían, pero ninguno se mostraba herido.

Un joven gritó:

—Palabras, nada más que palabras. Venga un programa práctico.

Un caballero de cierta edad suspiró:

—¡Yo también era romántico en mi juventud!

Una señora vestida de negro dijo:

—¿Por qué insultar á las mujeres?

El diablo reía.

El escritor continuaba:

—Es preciso añadir que hacéis todo lo posible para ser desdichados. No teniendo nada que os pueda inspirar mutuamente respeto y amor, tratáis de conmoveros con el espectáculo de la desdicha y la ostentación de sentimientos de baratillo. Os compadecéis igualmente de vuestro semejante y del perro al cual un coche rompe una pata. ¡Ah! ¡Si el espectáculo de la vida despertara en vosotros un sentimiento de amor universal! Pero sois incapaces de sentirlo. ¡Pobres mendigos! Que sobre vosotros caigan males bastantes para turbaros, inquietudes que puedan haceros revivir.

Alguien dijo:

—Todos no somos lo mismo. Eso es injusto.

El escritor prosiguió:

—Caballero: yo no puedo ser justo. La justicia no existe aún en la vida. ¡Si valiérais alguna cosa! Pero no sois buenos ni malos; sois... la *sociedad*. En vuestra juventud la escuela os proporciona conocimientos iguales para todos. Quiero suponer que os instruyen en la buena ciencia y os apartan de la mala; pero no me avengo á la idea de educar á los jóvenes con deseos de quietud y de posición confortable. Cuando abordáis la vida, vuestra presencia no disminuye las ruindades, y aun á veces las aumentáis con otras nuevas. A los veinticinco años negáis la propiedad, y á los treinta y cinco estáis afincados. Trabajáis para vosotros con mucha eficacia. Pero ¿qué hacéis en pro de la vida? Nada; vivís friamente, hasta los que habláis con apasionamiento. ¡Qué de torpezas en torno vuestro! ¿Tratáis de destruirlas? No. Los mejores se aislan para evitarlas. El deseo de no mancharse con ellas algo bueno indica, pero un hombre de corazón no teme nada, ni el cieno. Hablemos una vez con verdad. Todos somos culpables de las miserias de la vida. No hay aún justos en la tierra. ¿Por qué os mostráis tan serviles ante el poder? ¿Dónde aprendísteis á temer tanto? Yo afirmo que todo lo vil, todo lo miserable descansa sobre vuestro terror y vuestros sentimientos de esclavos. Lo repito, somos todos culpables de las vergüenzas de esta vida. Si yo creyese en la eficacia de las maldiciones, os maldeciría. Pero creo en otra cosa. Creo en la próxima aparición de otros hombres intrépidos y valerosos. La hora se acerca...

—¡Vaya, se acabó!—interrumpió el diablo.

El escritor miró en torno. Ya no había nadie absolutamente, y dijo:

—Es extraño. Se han ido todos antes de que yo acabara. Y aun falta mucho que decir.

El diablo exclamó:

—El fuego de tu discurso los ha destruído. Mira el suelo lleno de fango. Es todo lo que queda de ellos. Vámonos.

***

Ignoro lo que fué de mi hombre. No quiero inventar el fin de su historia, y presumo que no acabaría bien.

Sólo sé de cierto una cosa: que no es conveniente para un escritor tener muchos admiradores.

Aquellos que tienen roce con el público deben de cuando en cuando purificar la atmósfera de su vida, desinfectándola con la verdad.

Eso es todo.

MÁXIMO GORKI

Imprenta José Ortega: San Pablo, 96.—BARCELONA